

Alfredo Rebaza Acosta

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE TRUJILLO

Trujillo, Julio de 1934



PROLOGO

Estaba en Panamá, en el destierro, cuando llegó la noticia: “Trujillo se ha sublevado”. La noticia venía directamente: los revolucionarios de La Libertad la habían comunicado a los compañeros apristas del exterior. Nosotros esperábamos un estallido, pero la fecha de aquél nos sorprendía. Desde el primer instante comprendíamos todo; era imposible sofrenar por más tiempo a las masas. El insulto, la prisión, el asesinato, la violación, la vigilancia humillante, la condena al hambre, la crueldad insaciable, tenían que reflejarse en un acto de heroísmo y desesperada gallardía. Pero la gallardía no es suficiente para lograr la victoria. Sentimos en lo más hondo del espíritu la terrible responsabilidad de la hora y estuvimos prestos a acudir al lugar de peligro. Un cablegrama apremiante cruzó los mares: “Esperamos órdenes. Estamos listos a partir primer barco. Resistan”: El cable no pudo llegar ya. Las vías estaban controladas por las fuerzas de la tiranía. No respondía más la estación revolucionaria de Trujillo. A pesar de eso de Panamá salió un refuerzo para la revolución, pensando hacer lo imaginable para

llegar a tiempo. No fue posible. Era tarde. En Guayaquil, los compañeros Cox y Colina encontraron la noticia de la toma de Trujillo. Se había frustrado el heroico movimiento. Sobre las trincheras que la decisión y el entusiasmo cavaron se iban a alinear los pelotones de víctimas. Por las calles trujillanas se realizaba una salvaje cacería de hombres. El 22 de julio, 16 días después del estallido y 10 días después de la toma de Trujillo, bombardeada por aire, mar y tierra, las damas trujillanas; espeluznadas por la trágica matanza sin legalidad, se dirigían a don Manuel Ruiz Bravo, entonces coronel, pidiéndole que cesara la hecatombe. En seguida se entronizaron las Cortes Marciales. El 27 eran fusilados 44 apristas más y condenados a muerte 58 ausentes. La orden que acompañó la condena fue sencillamente salvaje: se autorizaba a matar a los condenados en ausencia, donde quiera que fuesen hallados. Un telegrama de Trujillo, firmado por un miembro de la Secretaría Presidencial, y publicado en “El Comercio” del 18 de julio, edición extraordinaria decía: “todos estudiantes, empleados, obreros deben ser castigados. No debe haber contemplaciones con Aprismo de arriba”. En cumplimiento de esto, Víctor Raúl Haya de la Torre fue puesto en capilla en la Penitenciaría de Lima: “Prepárese para partir a La Libertad: va usted a ser juzgado por una Corte Marcial. Lo fusilarán seguramente”. Haya de la Torre esperó, vestido, listo al viaje, toda la noche. La muerte no llegó sin embargo. Pero el suplicio se había cumplido. Y aun rondaba la muerte, impulsada por la insana de un grupo de paranoicos en función de gobernantes y consejeros.

Regresaba del destierro. En barco chileno. Pasaje de tercera. Los exilados apristas volvemos en tercera y no recibimos

boletos oficiales. En la charla camaraderil de abordó uno de los oficiales chilenos comienza a tejer comentarios:

“—Aquí viajó—contó esa tarde—un familiar del Presidente con su Secretario. De sus labios oí contar que los fusilados de Trujillo fueron enterrados muchos de ellos sin haber concluido de agonizar. Se les enterraba vivos. Las manos crispadas sobresalían de entre las tumbas, en un último y pavoroso saludo aprista. A muchos los fusilaron porque se les encontró sobre la camisa la huella de haber llevado correas de la canana, o porque en el pecho, cerca de la axila derecha tenía la señal de la culata del fusil. Eso bastaba. Era u insurgente. Y el pelotón de ejecución sin ley o el disparo alevé segaba impiadosamente vidas y vidas. Cayeron estudiantes de catorce años, sanjuaninos maravillosos. Cayeron mujeres. Y ancianos. Para nadie hubo piedad. Era necesario deshacer la población de Trujillo por el delito de amar su libertad. Había que aniquilarla. Todo vejamen era poco. Toda afrenta irrisoria. Toda crueldad, perdón. Y así, de los labios de los actores mismos de la espantosa tragedia, escuché estos relatos que todavía me crisan los nervios y me sobrecogen de asco, de indignación y de rabia

Calló el oficial chileno.

Esa tarde no hablamos más. Habíamos llegado a Salaverry. Subieron los compañeros. Entre ellos varios sobrevivientes de la hecatombe, muertos civiles y Alfredo Rebaza Acosta, el autor de este libro.

En Lima he conocido, después, y sigo conociendo héroes de la revolución. Ya en Quito, el destierro me puso en contacto con Augusto Silva Solís, Subprefecto de la Revolución, condenado a muerte en ausencia, quien, en dolorosa odisea; llegó a pie hasta el Ecuador, huyendo de la barbarie civilista.

Silva me refirió muchos episodios que hoy veo resurgir en el relato de Rebaza Acosta. Por este cotejo a la distancia infiero más y más la absoluta veracidad de las narraciones. He conocido más. He cambiado palabras con Cortijo, uno de los “resucitados” pues habiéndole dejado por muerto—dispararon sobre él, pero las balas al perforarle las orejas le aturdieron y le hicieron perder el sentido. Su primer impulso al regresar a la vida fue pedir su plaza de costumbre al lado del compañero Haya de la Torre. He sabido de la conducta heroica de los 120 “dorados” de Víctor Raúl, 45 de los cuales cayeron asesinados por las fuerzas de la tiranía. Un desfile macabro y glorioso me ha arrancado la promesa indeclinable de seguir en la lucha hasta la victoria final. Pero, todo ello no excluye el balance sereno y la disección teórica de los hechos.

En las múltiples rebeldías y levantamientos del Perú, tocóle papel beligerante antes al Sur que al Norte. La etapa caudillista es una etapa de fervor. De sentimentalidad. De Emoción. La emoción exaltaba a los hombres y los conducía al sacrificio. El Dean Valdivia escribió un magnífico relato de “Las Revoluciones de Arequipa”. Alguna vez, analizando esos hechos en un ensayo titulado: “Los tres Perú” —que se publicó en “Amauta”, 1930 —destacaba yo que diferencias mayores que, entre costa y sierra, son las del sur, centro y norte. En aquel atisbo de un enjuiciamiento panorámico del Perú, asignaba yo el papel polémico al Sur, el crítico al Centro y el filosófico al Norte. *El ímpetu partía al Sur, el escepticismo lo escollaba en el Centro, pero la pertinacia conservadora arraigaba en el Norte.* Aparentemente en aquella primera etapa, los factores más reaccionarios tenían que residir en el Norte, en donde la concentración de la

propiedad agraria era más veloz y mayor que en el Sur. Pero, sobrevino el alud imperialista. Desde fines del siglo pasado, las pequeñas propiedades fueron absorbidas por las empresas imperialistas y por el latifundio. Acentuóse el desequilibrio económico, a medida que aumentaban los grandes propietarios. El dicho de Plinio justificárase una vez más: “*Latifundia Italiam perdidere*”. En la región minera de la sierra del Centro, la pequeña propiedad fue absorbida por el empresario yanqui. El trágico Mac [...] se pasó a ser un símbolo del imperialismo mañoso, terco y opresor. En el Norte poco a poco aparecieron los tentáculos imperialistas. El petróleo de Talara, Zorritos, Lobitos; el azúcar en La Libertad; el arroz en Lambayeque; la plata en la sierra de La Libertad; paralelamente hiciéronse más voraces las ansias de la Standard Oil y la Lobitos Oilfields; Casa Grande adquirió un puerto propio, en 1915, y empezó la ruina de Trujillo; después *La Northern* iría absorbiendo tierras y tierras en afán de usufructuar los famosos minerales del Perú. Trajo el imperialista una técnica más avanzada y emprendió el trabajo con grandes masas de obreros. Irrumpió así un proletariado al cual la opresión ascendió su conciencia de clase. Las huelgas de Chicama hicieron rodar a centenares de trabajadores, campeones de sus propias libertades. El trabajador del Norte se alineó en una clase. Sintió la explotación en la forma aguda y moderna, porque ahí existía ya la gran industria en virtud de la interferencia imperialista y de la depuración técnica del gamonal criollo, uncido al carro del rubio dueño de la tierra morena. Lógicamente, marxistamente en esa zona debía formarse la vanguardia del movimiento liberador del Perú. No depende ello de ninguna condición externa, de

ningún milagro caudillesco. En las filas apristas dirigentes figuran hombre de todas las regiones del Perú; trujillanos, arequipeños, cusqueños, limeños, lambayecanos, loretanos, cajamarquinos, huanuqueños, tacneños De todas partes. Las masas apristas los aclaman por igual y tiene confianza, igualmente, en ellos. ¿Por qué? No porque sean oriundos de tal o cual región o porque lleven éste o ese nombre, sino sencillamente porque las masas apristas tienen conciencia de su misión revolucionaria y saben disciplinarse, sacrificarse y luchar, con claro concepto de lo que hacen y por lo que hacen:

La realidad económica, pues, por el mayor desarrollo de la gran industria y la hipertrofia del latifundio, convirtió a ciertas zonas del Norte en el lógico campo de batalla de la lucha social, como otras zonas habían sido campo de las batallas solamente políticas. Ningún sector de trabajadores más castigado que el sector de trabajadores ingenios azucareros y arrozales, de minas y telares; en ellos se ha cristalizado antes la conciencia reivindicatoria. Así como en las masas indígenas prendió soberanamente la chispa insurreccional a fines del Siglo XVIII, así en el siglo nuestro son las masas trabajadoras las que en la disciplina de fábrica se han disciplinado más eficazmente. Ellas comprenden la necesidad del frente único de trabajadores manuales e intelectuales que propugna el Aprismo, y se dan a esta tarea. Conscientes de la indispensable capacitación para ejercitar su tarea política, es lógico que muestren una indeclinable solidaridad en el sólido y robusto frente único, bautizando con sangre el 23 de mayo de 1923.

Esta explicación teórica y estrictamente ajustada a los hechos, basta para dar cuenta de las razones por las cuales

el movimiento aprista ha tenido, hasta ahora, su baluarte en determinadas regiones; y por que hoy, incorporadas las masas campesinas a él, forman ya bajo sus banderas, no ejércitos, sino vanguardias de todo el Perú. Ningún afán regionalista. Soy limeño y no cabe en mí, por consiguiente, prejuicios de porteñismo ni sureñismo. Gran amor de lo indígena y fervoroso admirador de lo incaico y de las insurrecciones permanentes el campesinado sureño, debo reconocer, de acuerdo con la realidad, el aporte del trabajador, —organizado como clase por la Gran industria—, unido a las clases medias empujadas a la proletarización por la alianza de gamonales e imperialistas en la tarea de conquistar, por medio de organizaciones permanentes, la Justicia Social.

Es necesario recordar esto, porque no se debe confundir la constatación rigurosamente realista y científica con el entusiasmo regionalista o la parcialización local. En el Aprismo no caben tales predicciones de campanario. Pero, tampoco se callan las verdades por halagar vanidades. Estudio desapasionado y veraz de nuestras realidades, no lo guía ninguna predilección ni prejuicio subalterno. Ni lo enmudece ningún temor, ni lo enardece ninguna incitación que no sea estrictamente objetiva y comprobable.

Así colocadas las cosas, la revolución de Trujillo se explica por sí sola. No por los atropellos nada más, sino por la realidad económica de la región.

La huelga política del Norte, en 1931, ha sido la primera en el Perú. Por ella, los trabajadores del campo y la fábrica, del Departamento de La Libertad manifestaron su repudio al régimen civilista que de nuevo se entronizaba en el país. Y, comprendiendo que la labor social es inseparable de de

la tarea política, se aunaron en una sola protesta contra el sistema de opresión que volvía a entronizarse, bajo la personificación de Sánchez Cerro, el mismo que había sido el ejecutor de las masacres de obreros e indígenas durante el breve lapso de tiempo de su período en la Junta de Gobierno —27 de agosto de 1930 al 1° de marzo de 1931, — fecha en la cual la acción conjunta de la Escuadra, importantes sectores del ejército, la policía y la civilidad íntegra lo obligaron a abandonar el mando y el territorio de la nación. Su retorno al gobierno el 8 de diciembre de 1931 era claro anuncio de lo que iba a ocurrir en seguida. El mismo ocho de diciembre, diez ancianos rodaban, abaleados miserablemente en Paiján y enseguida numerosas mujeres eran violadas en otras poblaciones de La Libertad pagando así el *delito* de mantener su credo aprista.

La Revolución de Trujillo ha sido, pues, la cristalización de un proceso lógico, esperado. A medida que se ve más claramente la realidad económico-social peruana, el ejemplo de Trujillo se hace carne en las masas explotadas. Para los teóricos de ensayos exóticos, esto resulta sorprendente, pero es así y tiene que ser así. Mal diferida interpretación produce pasmo ahí donde debiera producir nada más que confirmación y asentimiento. Contra esa sorpresa vana de teorizantes desorbitados, basta oponer el caso concreto, tangible, sangrante y enorgullecedor de las masas trabajadoras de nuestros centros industriales afiliadas íntegramente al Aprismo. El Aprismo responde a sus necesidades y resume sus aspiraciones. En cambio, intelectualoides son los que aguzan su extremismo verbal y su falta de responsabilidad efectiva ante el peligro y en la hora de la acción. Extremismo verbal paralelo a timidez y

cobardía actuante. El Aprismo ha evidenciado por primera vez en el Perú, cómo no es necesaria la exaltación verbalista ni el exceso declamatorio para cumplir firmemente, heroicamente, tenazmente el deber a que nos convida nuestro tiempo y nuestra realidad.

Nacido del dolor de un pueblo, amasado con el dolor de las clases oprimidas del Perú, el Aprismo peruano avanza y sigue avanzando por el dolor y con el dolor. Nada para él ha sido ni será fácil. Por lo mismo su triunfo será definitivo, merecido y perdurable. Por vez primera, el Perú contempla el caso de un Partido, bajo cuyas banderas, se reúnen centenares de millares de hombres, conscientes de que deben sacrificarse. Ningún señuelo de recompensas inmediatas los congrega. Ninguna ambición de galardones fáciles los empuja. Saben todos que en el Aprismo el sacrificio es interminable, y que las alegrías surgen de la convicción de sabernos sacrificados y sacrificándonos en la forja de una obra perdurable y segura, inevitable y próxima ya: la liberación de las clases oprimidas, el acercamiento de la Justicia Social. La página de dolor de la revolución de Trujillo sería, por eso, aún cuando el movimiento no hubiera tenido por airón el airón aprista, sería una página aprista. Estamos orgullosos de ella. Los dos mil muertos sembrados por la tiranía en esa jornada vesánica; los colegiales masacrados en la flor de su adolescencia; las mujeres victimadas con el grito de rebeldía en los labios; los viejos que, Fidel León, dieron a la muerte el sabor incomparable de su ironía suprema, todos y cada uno son ejemplo y acicate para la lucha definitiva, para la tarea final.

Al terminar de leer las páginas de este libro me he sentido orgulloso y avergonzado. Orgulloso de pertenecer

al Partido que da tal clase de hombres. Avergonzado de no [haber] podido, lo repito, estar con ellos. Pero, llegará la hora en la que los que no pudimos, por el destierro, realizar un sacrificio más, tengamos ocasión de realizarlo plenamente. Escuela de dolor y de sacrificio, pero de sacrificio y dolor fecundos, el Aprismo nos ha enseñado, aún a los intelectuales egoístas, aristárquicos y vanidosos, como yo, nos ha enseñado a *servir*. La memoria de todos los mártires del Aprismo, entre los cuales se confunden obreros y estudiantes, maestros y campesinos, oficiales y soldados, marineros y policías, jóvenes y viejos, empleados e indígenas; mujeres y niños; la memoria totalizadora de esos mártires caídos en Trujillo, Lima, Huaraz, San Lorenzo, Cajamarca, Apurímac, Tacna, Iquitos, Cusco; la memoria de esos mártires nos compromete y nos conduce. Como ellos, a la hora definitiva, repetimos el grito aprista de todas nuestras grandes jornadas, el grito de las horas decisivas.

En la lucha: Hermanos. En el dolor: Hermanos. En la victoria: Hermanos.

¡Sólo el Aprismo salvará al Perú!

LUIS ALBERTO SANCHEZ.





CAPITULO I

Antecedentes de la Revolución

SUMARIO: *El Apra en el Departamento de La Libertad. Se emplea la fuerza para apagar el aprismo. La masacre de Paiján. Diez ancianos destrozados por la guardia civil. Las violaciones de Chocope. Las apristas son violadas en los campos. La masacre de la Noche de Pascua en Trujillo. Muertos y heridos. Las mujeres de la Cruz Roja abaleadas. Se clausura las Universidades Populares "Gonzales Prada."*

Bastará citar una cifra para demostrar la fuerza enorme del aprismo en el Departamento de La Libertad. De 4,600 electores que se inscribieron en el Registro Electoral de Trujillo para las elecciones de 1931, 4,300 votaron por el Apra. O lo que es lo mismo sólo faltaron 300 votos dispersos para unanimizar la votación. Casi lo mismo pasó en el resto del Departamento. Bastará recordar que en la provincia de Huamachuco, sobre una base de 1,200 electores, el comandante Sánchez Cerro sacó *tres votos*.

El aprismo, pues, tenía su baluarte más infranqueable en el Departamento de La Libertad. Y no se nos diga que ello obedeció

a un estrecho sentimiento regionalista, ya que el candidato del Apra a la Presidencia de la República, Víctor Raúl Haya de la Torre, era trujillano. No. más bien ello se debió —y esto es menester dejar ejecutoriado— a una mayor comprensión del movimiento aprista, dadas múltiples circunstancias. Así, por ejemplo, bastará recordar que el Departamento de La Libertad, resiste a la succión de los tentáculos de tres imperialismos: alemán, inglés y norteamericano. Las poderosas negociaciones imperialistas, The Cartavio Sugar Co., inglesa, Empresa Agrícola Chicama Ltda., alemana y The Northern Perú Mining & Smelting Company, norteamericana, han dado lugar a la formación —en sus vastos campos y en sus inmensas fábricas— de un proletariado y de un campesinado con alto grado de conciencia de clase y con no poco fervor revolucionario ante la injusticia.

No es este el lugar ni la oportunidad de examinar el proceso económico de la Revolución de Trujillo. Habrá en ello mucha tela para plumas más expertas y mejor entintadas que la mía. Pero sí, urge dejar establecido que el movimiento renovador aprista en el Departamento de La Libertad tuvo hondas raíces económicas y fue el fruto, repetimos, no de un estrecho sentimiento regionalista, sino de una legítima y auténtica conciencia política.

Cuando el comandante Sánchez Cerro, desde un balcón de la Plaza San Martín anunció a las Américas que los apristas “no debían esperar nada de su gobierno” y que, lejos de eso, “pulverizaría al Apra” indudablemente que se impuso la romana tarea de pulverizar a medio Perú. Y en esta trayectoria de exterminio, era lógico suponer que se comenzara por el foco más poderoso del aprismo: por el Departamento de La Libertad.

Refiramos los hechos.

La masacre de Paiján

En los primeros días de 1931, el Gobernador de Paiján, guardia civil Fernández, conocedor, sin duda, de la huelga política que preparaba el Partido Aprista Peruano para protestar por la exaltación al mando del comandante Sánchez Cerro, imaginó que los apristas iban a atacar la comisaría de aquel lugar, y, con este motivo, comenzó a transmitir a la sub-prefectura de Trujillo, noticias alarmantes sobre un inminente golpe, pidiendo refuerzos para su puesto.

Posteriormente el guardia Fernández desestimó su pedido de refuerzos, porque dijo que el peligro había desaparecido.

Mientras tanto (y sin tener de ello conocimiento las autoridades de Trujillo que condenaron la masacre) se había puesto de acuerdo con la guardia civil de Casa Grande que, al mando del Teniente Alberto Villanueva vendría hacia Paiján en el momento oportuno.

Y así fue. El 6 de diciembre de 1931, a las 3 de la tarde más o menos, el guardia Fernández que había solicitado la ayuda de algunos particulares ante el temor de un ataque aprista, hizo algunos disparos que alarmaron al vecindario que se comenzó a arremolinar en la plaza principal, deseoso de averiguar lo que pasaba.

A los pocos minutos apareció el teniente Villanueva con 15 hombres montados que se diseminaron por distintos sitios y comenzaron a hacer cerradas descargas sobre todo grupo de gente que encontraban a su paso. Villanueva portaba en su mano un a lista y preguntaba por determinados elementos

del lugar a quienes, seguramente, se trataba de apresar. Se allanaron doicilios, se rompieron ventanas y cayeron, víctimas de las balas dun-dun de las tropas, los siguientes ciudadanos, en su mayoría ancianos que no pudieron correr del fogueo:

Braulio esparza, de 65 años, herido en los intestinos.

Mauricio Román, de 35 años, herido en el hombro izquierdo, con estallamiento de la clavícula del mismo lado.

Cecilio Murrugarra, de 85 años, tres heridas, una en la cara, otra en la muñeca y otra en el muslo.

Benito Pretel, de 60 años, entallamiento de la bóveda craneana.

Julio García, de 34 años, herida en el tórax, lado derecho.

Noé Abanto, de 52 años, entallamiento de la región occipital.

Manuel Chirinos, de 50 años, herida en el tórax, en la tetilla izquierda.

Ricardo Flores, de 57 años, herido en la tetilla derecha.

Julion Ciprian, de 62 años, herido en rodilla y en la región lumbar.

Hipólito Vieda, de 70 años, entallamiento del vientre, con proyección de las asas intestinales.

Resultaron heridas las siguientes personas: Lorenzo Valqui Roncal, José López Valqui, Ruperto Olivares, Noé Polidoro Vásquez, Carmen García, Pablo Aniceto, Manuel Benito, y Cruz Chávez.

El entierro de las víctimas se efectuó al siguiente día de la masacre y la Prefectura del Departamento se apresuró a enviar ataúdes. A tal extremo llegó la unánime condenación pública por estos desgraciados sucesos.

Las violaciones de Chocope

El 8 de Diciembre fue la exaltación al mando del comandante Sánchez Cerro y el 9 del mismo, el destacamento de la Guardia Civil de la Hacienda Casa Grande, incursionaba en Chocope, con el objeto de clausurar a la fuerza el local del Comité aprista de ese lugar. Iban al frente de este destacamento el capitán Ezequiel Muñoz y el teniente Alberto Villanueva.

En la calle de Bolívar, de la pacífica población de Chocope estaba ubicado el local aprista. Aquel día, 9 de diciembre de 1931, sesionaban tranquilamente, a las 3 de la tarde, los afiliados al Partido hombres y mujeres.

Intempestivamente los moradores de Chocope vieron entrar varios automóviles y un camión, conduciendo tropa. Se dirigieron hacia la calle Bolívar, echaron pie a tierra los soldados, enchufaron las cacerinas de sus armas, los jefes sacaron a relucir sus pistolas y se metieron a violentar el local aprista, haciendo descargas al aire y soltando gruesas interjecciones.

El desconcierto y la confusión fueron grandes. Los sesionantes, sorprendidos, trataron de ponerse a salvo y los atacantes, furiosos, comenzaron a maltratar a hombres y mujeres. Algunos de los presentes fueron torturados, con el fin, según se afirma, de arrancarles declaraciones sobre el sitio donde se ocultaban las bombas de mano que habían fabricado.

Las mujeres fueron sacadas a culatazos y empujones y conducidas al puesto de la Guardia Civil. Aquella noche fueron violadas en el campo, por jefes y soldados, las

siguientes mujeres: Dolores Orbegoso, Saragoza Vargas, Concepción Vergara, Filomena Sánchez.

Otras como Petronila Costa; Esther Vallejos y Santos Barriga vda. de Vallejos, estuvieron a punto de ser violadas, pero su desesperada resistencia las puso a salvo.

El siguiente documento es bastante explícito y veraz:

Señor Juez de Instrucción:

Dolores Orbegoso, de 20 años de edad, Saragoza Vargas, de 26 años de edad, Santos Barriga vda. de Vallejos, Esther Vallejos, de 56 y 30 años de edad respectivamente, vecinos de Chocope y de tránsito en esta ciudad a Ud. nos presentamos y decimos:

Que el miércoles 9 del presente, a las tres de la tarde, hallándonos sesionando pacíficamente dentro del local del Partido Aprista, situado en la calle Bolívar de esa población, llegó intempestivamente un destacamento de la Guardia Civil de la Empresa Agrícola Chicama Ltda., o sea de la Hacienda Casa Grande, compuesta de 27 hombres, al mando del capitán Muñoz y del teniente Villanueva, destacamento que llegó en el camión No. 8 de propiedad de Corsino Mercado y en varios automóviles, uno de los cuales es de propiedad de don Luis Cueto, comisario de Casa Grande. Inmediatamente se apoderaron del local, penetraron dentro y haciendo disparos con rifles y revólveres, apresaron, maltratándolos bárbaramente, a todos los que se encontraban dentro, hombres y mujeres, sin respetar sexo ni edad.

Al primero que maltrataron salvajemente fue a don Pedro Arréstegui, secretario de disciplina del Partido Aprista Peruano, a quien amarrándolo de los pies y de las manos y

templándolo en el suelo, flagelaron y torturaron, haciéndole arrojar sangre por la boca. También han torturado en forma brutal a Alejandro Sánchez, a Leoncio Solano, a Humberto Falla y a otros que se encontraron en el local; a Artidoro Orbegoso, a Manuel Orbegoso, a quienes apresaron en la sastrería de Pedro Arréstegui, donde se hallaban trabajando; a Miguel Cruzat, a Domingo Távara, a Alfredo Rodríguez, a Elías Cabel, a Justiniano y Luis Cruzat y a otros muchos a quienes han sacado de sus casas, apresándolos y golpeándolos sin compasión, todos los cuales continúan presos e incomunicados en el puesto de la Guardia Civil de Chocope.

Pero, no contentos con las torturas inferidas a todos los que caían prisioneros, los jefes y guardias nombrados procedieron a hacer salir del local a culatazos y a empujones a todas las señoras de avanzada edad, haciendo quedar en él solamente las jóvenes con el propósito de violarlas. En efecto, estando ya en el poder de ellos, sin garantías de ninguna clase, fui violada por el teniente Villanueva, el mismo asesino que masacró en Paiján hace pocos días a un buen número de vecinos pacíficos de ese lugar, quien en compañía del chofer del carro No. 501, que es guardia civil también, me llevaron al campo a la una de la mañana y me violaron, haciéndolo primero el teniente Villanueva, mientras el chofer me sostenía de los brazos, turnándose después de esta operación entre ambos violadores, golpeándome los brazos, las piernas y la boca para obligarme a callar; yo, Saragoza Vargas, sacada en la misma forma a las 3 de la mañana, hacia el campo, en automóvil fui violada igualmente por el guardia Velazco, mientras dos guardias más me sostenían de la cabeza y de los brazos, golpeándome,

tapándome la boca para que no gritara y turnándose en la violación, hasta conseguir su objeto una vez que me encontré desfalleciente; no tuvieron en cuenta ni mis protestas, ni mi resistencia, ni mi estado de novia, pues he estado en vísperas de casarme con mi novio don Víctor Gálvez. En la misma forma han violado a Concepción Vergara, de menos de 14 años de edad, a Filomena Sánchez, casada con don Teófilo Lecca, siendo los violadores de estas dos últimas, el referido capitán Muñoz y otros que ellas expresarán, quienes han sido ayudados en esta labor de violación por el guardia Vidal, uno de los más abusivos e insolentes, el guardia Petroni, el guardia Pereira, el guardia Velazco y otros cuyos nombres ignoramos, hallándose también entre los torturadores y abusivos el guardia Becerra, el guardia Angulo y otros que se aclarará después.

Nosotras: Petronila Costa, Esther Vallejos y Santos Barriga vda. de Vallejos, la primera se encontró en el local y las otras dos últimas sacadas de sus hogares, hemos sido también víctimas de serios maltratos, habiendo pretendido la soldadesca, ebria e ignorante, atentar contra el pudor de la primera de las nombradas, pero sin conseguirlo felizmente, gracias a la resistencia opuesta por la víctima y al hecho de haberle dado un ataque en momentos de consumir la violación.

También han sido maltratadas cruelmente las señoras Serafina Vallejos, que estuvo en el local, y María Saavedra, casada, que también se halló presente en el local, de quienes no abusaron sin duda por razón de su edad.

.....
Teniendo en cuenta, pues, que se ha atentado contra la libertad y el honor sexuales en las personas que quedan

nombradas, a quienes además se les ha inferido serios maltratos en todo el cuerpo, nos presentamos a Ud. denunciando los delitos de violación, desfloramiento y lesiones, en agravio de dichas personas, delitos que se hallan previstos y penados en el título 1º. Sección 3ª. del libro segundo del Código Penal, siendo los autores de esos delitos, den pandilla y armados, el capitán Muñoz, el teniente Villanueva y todos los demás guardias que hemos nombrado y los que hemos dejado de nombrar por ignorar sus nombres y que hacen un total de 37.

Pedimos a Ud. que, dando por interpuesta esta denuncia se sirva tramitarla ordenando que se nos tome nuestras preventivas las que serán ampliadas después por nuestras respectivas madres que no han podido venir por falta absoluta de garantías, *habiendo venido nosotros a pie* de Chocope a Chiclín para poder tomar el tren y constituirnos en esta ciudad a pedir garantías y a reclamar justicia, burlando la vigilancia de esa soldadesca que tiene, puede decirse, secuestradas no sólo a las víctimas que se hallan prisioneras en su poder, sino, también, a los familiares de éstas, para evitar que vengan a quejarse.

Pedimos también que el Juzgado ordene que se nos reconozca por dos médicos, en el día, a fin de que se constate el desfloramiento, la violación y las lesiones de que se nos ha hecho víctimas.

Por último pedimos que el Juzgado ordene no sólo el enjuiciamiento de los culpables, sino la captura de los mismos, y detención en la cárcel pública de esta ciudad, por ser vulgares delincuentes, que han enlodado el uniforme que llevan y han desprestigiado la institución a que pertenecen.

Trujillo, 11 de diciembre de 1931

(Firmado) Dolores Orbegoso, Saragoza Vargas, Santos Barriga vda. de Vallejos.

La forma enérgica en que está redactado este documento revela la reacción indignada contra los excesos de Chocope, que, por lo demás, no terminaron con las violaciones. En efecto, los domicilios de los apristas más destacados fueron allanados inmediatamente. Los ciudadanos Leoncio Reina, Pedro Vallejos, Agustín Barreno, Laureano López, Rosario Vega y Francisco Asencio, tuvieron que huir de Chocope, abandonando sus hogares.

Tal es, en síntesis, lo ocurrido en Chocope.

La masacre de la Noche de Pascua

Para quienes hemos vivido en Trujillo, en los días del mes de diciembre de 1931, fácil nos es reconstruir lo que pasó en la trágica noche del 25.

Por aquellos días, la ciudad vivía una intensísima vida política. Todas las tardes, de 7 a nueve de la noche, en el local aprista situado en el jirón Independencia, se reunían de 800 a mil almas, para escuchar de labios de Haya de la Torre —que, a la sazón, moraba en Trujillo— un cursillo de Oratoria de los más atrayente y ameno. Estas reuniones vespertinas terminaban a las 9 p. m. e inmediatamente se iniciaban las clases de la Universidad Popular “González Prada” que funciona en aquel lugar. ¡Era de verse el fervor de esa gente! Sin dar la menor muestra de cansancio, los concurrentes se pasaban la velada animadamente. ¡Cinco horas de actividad admirables!

Esta costumbre de reunirse todas las tardes se venía observando por espacio de mes y medio, cuando llegó el 25 de Diciembre. Era natural que ese día extraordinario, se efectuara una reunión extraordinaria.

De tal manera que desde las 6 p. m. gruesos grupos de gente invadieron los diversos salones del local, bastante extensos y cómodos.

Es de advertir, antes de pasar adelante, que desde el 8 de diciembre estaban terminantemente prohibidas las manifestaciones en la calle y que las autoridades de Trujillo —Prefecto Alejandro Barúa Ganoza y sub-prefecto Isidoro Ortega— sólo permitían que los apristas se reunieran dentro de sus locales.

El Comité Aprista había recomendado no contrariar esta disposición y las reuniones vespertinas se efectuaban ordenadamente.

Pero el 25 de Diciembre, a las 8 y 30 p. m., la ciudad se sorprendió al ver que un compacto grupo de ciudadanos se lanzó a la calle, en una manifestación bulliciosa, con vivas y mueras, y estruendosas palmas.

Como aquella noche la afluencia de gente a los templos era notable, fácil fue que la manifestación se engrosara y recorriera el jirón Libertad, para luego pasar al paseo Muñiz, e ingresar a la Plaza Principal, por el costado de la Universidad. Cuando los transeúntes vieron llegar la manifestación a la Plaza de Armas temieron que se produjera un choque con la policía. Tal choque no se produjo y la manifestación siguió su curso hasta terminar en el local aprista de la calle Independencia.

¿Quién preparó o quién improvisó esa manifestación? Recojo el rumor, hecho ya conciencia pública en Trujillo,

de que esa manifestación fue preparada por gente extraña al aprismo. Fue, se dice, una maniobra para hacer ver que los apristas habían violado una prohibición prefectural y poder justificar más tarde los hechos de sangre, que luego sucedieron y que luego vamos a relatar.

A las 11 p. m. el local aprista estaba repleto. Se comentaba entusiastamente la manifestación que acababa de realizarse, pero todos se preguntaban: “¿quiénes fueron? ¿quiénes encabezaron?”

Haya de la Torre ofreció concurrir aquella noche para pasar la Noche Buena en el seno de los apristas. Con este motivo se animó mucho más el local. Se oían cantos, se escuchaban disertaciones, se suscitaban erogaciones para preparar un succulento chocolate de pascua. Las mujeres iban y venían preparándolo todo. La plaza principal estaba en pleno festival bullanguero.

La casa de Haya de la Torre se vio, aquella noche, atestada de gente que acudió a felicitarlo. Por tal motivo el jefe aprista no pudo concurrir al local del Partido, como estaba anunciado. Y a las 10 p. m. mandó a los apristas el siguiente mensaje que fue leído por Estuardo Lizarzaburu, en medio de cerradas ovaciones:

“Compañeros y compañeras:

Contra mi deseo no me será posible ir esta noche al local a presentarles personalmente mi saludo por Pascua.

Sé que los apristas de Trujillo se han reunido tranquila y alegremente para celebrar esta noche de alegría para el mundo.

Yo no podré estar con Uds., pero los acompaño con mi anhelo. La labor al servicio de mi Partido no me permite muchas veces abandonarla.

Les ruego encarecidamente que después de terminada la reunión en el local se disuelvan ordenadamente. Conforme a los deseos del Comité, que son los míos, la fiesta debe celebrarse sólo en el local. Seamos apristas una vez más, mantengamos la disciplina y demos a esta magnífica reunión de fraternidad todo su elevado sentido.

Desde mi banco de trabajo les envío el saludo de hermano. Elevemos todos juntos los votos optimistas por el triunfo de los grandes ideales de nuestro Partido y, reconfortando nuestra fe, repitamos, una vez más, de que SÓLO EL APRISMO SALVARÁ AL PERÚ.

Vuestro compañero y jefe
VÍCTOR RÁUL

Desde las 10 de la noche había en la ciudad pelotones de soldados rondando las calles. Los paseantes en el festival de la plaza principal se sorprendieron al ver pasar autos cargados de policías y guardias civiles, y camiones cargados de soldados del regimiento No. 5, acantonados en el cuartel O'Donovan.

Serían cerca de las 11 de la noche cuando, súbitamente, se presentó en la casa aprista el teniente Alberto Villanueva, pidiendo en forma violenta e impositiva, que cesaran los cantos y que desocuparan inmediatamente el local.

Surgieron las protestas de parte de los apristas. Voces airadas rechazaron aquella imposición. Y entonces Villanueva por toda respuesta, hizo descargar los fusiles sobre los salones. Se originó un barullo espantoso. Clamaban las mujeres y

gritaban los niños. Los hombres se agruparon para rechazar en alguna forma el ataque. No habían medios de defensa. Ni armas, ni palos, ni nada.

Las descargas se sucedieron unas tras otras. Comenzaron a caer muertos y heridos.

Casi simultáneamente con este ataque a la casa aprista se produjo el despliegue de la guardia de seguridad y del regimiento No. 5, en todas las calles de la ciudad. En cada esquina habían apostados lo menos 10 soldados que disparaban a diestra y siniestra, ahuyentando a los transeúntes y registrando todos los carros que pasaban.

Las descargas, tanto en la casa aprista, como en las calles duraron hasta las 5 de la mañana.

Mujeres, niños y hombres, tuvieron que escapar por los techos del local, refugiándose en el Asilo de Ancianos.

A la mañana siguiente, las fuerzas atacantes estaban ilesas. Los apristas tenían los siguientes muertos y heridos.

Muertos: Ercilia Isla, doméstica del señor Augusto Silva Solís, situada en los altos del local aprista. Se encontraba en las habitaciones interiores y al pasar de una habitación a otra recibió un balazo en la rodilla que le originó un gran derrame. Nadie la pudo atender, por la gran cantidad de balas que se disparaban. —Félix Revollo, lechero, muerto dentro del local, de un balazo en el pulmón. —Alberto Llerena, de 25 años, muerto de un balazo en el riñón. —Domingo Navarrete, de 37 años, tres heridas en el tórax. Fue herido cuando desarmaba a un guardia. Villanueva y sus acompañantes dispararon sus armas sobre él. Murió días después, en forma verdaderamente excepcional.¹

¹ Domingo Navarrete murió en el Hospital de Belén de Trujillo, a raíz de las heridas que recibiera en la noche del ataque al local aprista. Momentos antes de exhalar el último suspiro, hizo venir a sus hijos, y con voz trémula y apasionada, les pidió que

Heridos; Juan Goicochea, Mercedes Alva, Julio Ojeda, Luis Diez Blanco, Ramuldo Silva.

Las señoritas que formaban a la Cruz Roja fueron apresadas. Dos de ellas, María y Mercedes Alva, fueron heridas de bala dentro del local.

A las 6 a. m. fueron conducidos a la Cárcel 90 hombres y 17 mujeres. El Dr. Federico Chávez, jefe de la Cruz Roja Aprista, fue apresado al acudir al hospital a atender a los heridos y libertado instantes después.

Las mujeres fueron libertadas a las 7 de la noche, debido a la enérgica intervención de Haya de la Torre y del Diputado Dr. Carlos C. Godoy.

Quedaron clausuradas las Universidades Populares González Prada y los profesores de las mismas tuvieron que publicar una enérgica protesta en los diarios.

Como es de suponer, los acontecimientos de Pascua produjeron honda impresión dolorosa en Trujillo. Fue tan unánime la condenación de estos hechos que las autoridades se vieron forzadas a forjar una disculpa, atribuyendo a un imaginario complot revolucionario a los apristas. Nadie creyó el asunto porque a todos se les hizo duro aceptar que los apristas hubieran reclutado en su local a hombres, mujeres y niños, para hacerles tomar parte en una revolución tan infantil, tan pascual y tan de papá Noel.

Hemos creído necesarísimo hacer el relato de estos hechos porque tenemos la convicción de que ellos impulsaron al paciente pueblo de Trujillo a la revolución de Julio.

Ya lo hemos dicho en varias oportunidades. Si el nuevo gobierno de Sánchez Cerro hubiera mandado a Trujillo

le prometieran ser siempre apristas. Luego les hizo levantar el brazo izquierdo y que dieran un viva al Apra. La escena, de una dramaticidad única, conmovió fuertemente a los circunstantes.

autoridades inteligentes que hubieran sabido armonizar las exigencias del nuevo régimen con la inquebrantable de aprista del pueblo trujillano, no se habría conseguido exasperarlo como se le exasperó.

Agotada la paciencia, Trujillo pensó en la revolución. Y comenzaron, entonces, las labores iniciales del movimiento. El capítulo que sigue está consagrado a referir cuáles eran.



DOMINGO NAVARRETE

Herido en la noche de Pascua, madrugada del 25 de Diciembre de 1932, a que se refieren las páginas 9 y siguientes.

Murió en el hospital de Belén de Trujillo, a raíz de las heridas que recibiera en la noche del ataque al local aprista, momentos antes de morir llamó a sus hijos y con voz trémula y apasionada les pidió que le prometieran ser siempre apristas, luego les hizo levantar el brazo izquierdo y que dieran un viva al Apra, esta escena conmovió a todos los circunstantes.

